

LA INFLUENCIA DE LA FAMILIA EN EL DESARROLLO Y ADQUISICIÓN DE ACTITUDES VIOLENTAS Y AGRESIVAS EN LA INFANCIA Y JUVENTUD

THE INFLUENCE OF FAMILY IN THE ACQUISITION AND DEVELOPMENT OF VIOLENT AND AGGRESSIVE ATTITUDES DURING CHILDHOOD AND YOUTH

Concepción Castro Clemente (1)

Francisco Javier García Castilla (1)

(1) Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Resumen: En los últimos años el aumento de las manifestaciones agresivas realizadas por menores en distintos ámbitos sociales ha planteado la posibilidad de asumir la existencia de un cambio de valores en la juventud, o delegar la responsabilidad de estas manifestaciones hacia el entorno familiar, escolar y social. Es un fenómeno complejo de analizar en el que interviene la familia, núcleo de referencia vital para el menor, y la escuela, ámbito de pertenencia en el que desarrolla gran parte de su proceso de formación. Los objetivos de este artículo son tres: analizar las investigaciones existentes sobre los ámbitos más cercanos e influyentes en el desarrollo de comportamientos antisociales en niños y jóvenes (familia y escuela), estudiar los agentes que pueden influir en este tipo de comportamientos y ofrecer líneas futuras de investigación para desarrollar en esta materia.

Palabras Clave: Familia, Violencia, Menores, Agresividad, Jóvenes.

Abstract: In recent years the increase of aggressive behaviour by young people in different social spheres means we can either assume that a change in the values of young people has taken place or attribute these manifestations to current family, school and social settings. It is a complex phenomenon that is difficult to analyse, as it involves the family - the primary frame of reference in a child's life - and also the school, where most of the child's education and formation takes place. The aim of this article is three-fold: to examine the research into the spheres that have the most influence on the development of anti-social behaviour in children and youth (family and school), to study the agents that may influence this type of behaviour and to suggest lines of research worth studying in future research.

Key Words: Family, Violence, Children, Aggressiveness, Young People.

| Recibido: 11/02/2013 | Revisado: 19/04/2013 | Aceptado: 06/05/2013 | Publicado: 31/05/2013 |

Correspondencia: Concepción Castro Clemente. Trabajadora Social. Profesora-Tutora UNED-Madrid-Sur. Centro Asociado Madrid-Alcorcón. Email: concastro@madridsur.uned.es.

1. INTRODUCCIÓN

La mayoría de las investigaciones y estudios realizados sobre la violencia en menores y jóvenes se han centrado en el análisis del perfil de los agresores y de las víctimas, enfocando la problemática desde una visión individual y personalizada (Díaz-Aguado, 2004). Pero también cabe la posibilidad de abordar el tema desde una visión más social, en la que los padres, junto con los maestros y la sociedad en general tienen parte de responsabilidad (Yuste y Pérez, 2008).

La incidencia de problemas de conducta y comportamientos irregulares en los menores responden a perfiles y rasgos muy distintos, sin embargo, ningún menor está predeterminado a ser violento y tiránico (Gutiérrez y Pernil, 2004). Los niños están expuestos a la violencia, de forma directa o indirecta, en diferentes contextos fundamentales: familiar, medios de comunicación, escolar, internet y otros ambientes cercanos. La exposición a conductas agresivas en estos entornos está directamente relacionada con el desarrollo de conductas antisociales o agresivas.

La familia, es el núcleo principal de desarrollo psicológico y de apoyo para los menores en la que se aprenden la mayor parte de las conductas sociales y emocionales (Fernández y Ponce de León, 2011). Desde la cuna, los niños están sometidos a este proceso de aprendizaje, por eso es necesario que desde un inicio la familia ajuste las normas e incentive una comunicación afectiva cálida durante el periodo de crianza, ya que con ello se garantiza una buena socialización del menor (Del Barrio, Carrasco, Rodríguez y Gordillo, 2009). Pero a veces las familias no ejercen de igual manera la transmisión de afecto y valores, ni tampoco establecen formas de comunicación óptimas que permitan dar una respuesta emocional satisfactoria a los hijos (Hernández, Gómez, Martín y González, 2008), dando lugar a la aparición de comportamientos agresivos.

2. FACTORES QUE INFLUYEN EN LA ADQUISICIÓN DE CONDUCTAS AGRESIVAS EN LA INFANCIA

Existen varios factores que están relacionados con la adquisición de conductas agresivas durante la infancia, adolescencia y juventud, entre ellos se podrían destacar el poder adquisitivo, el nivel de formación de los miembros de la familia, las situaciones de exclusión social, los diferentes estilos educativos adoptados por los padres y la exposición reiterada a episodios agresivos.

Los modelos de crianza de los hijos varían en función de la composición familiar y clase social. Las familias en situación de exclusión social, suelen transmitir a sus hijos la inseguridad, desarraigo y marginación que padecen, por lo que es muy frecuente que los patrones de comportamiento se vuelvan a reproducir, generando la continuidad de altos niveles de hostilidad en la familia (Del Barrio et al. 2009).

Otro factor relacionado con el desarrollo de conductas agresivas en el menor es el estilo educativo utilizado por los padres en la educación de sus hijos. Los basados en un modelo de disciplina coercitiva y en la ausencia de interacciones positivas y agradables entre padres e hijos dificultan el aprendizaje de patrones de comportamiento alternativos a la violencia y la hostilidad (Hernández et al. 2008). Por otro lado, los estilos educativos basados en una permisividad excesiva, pueden tener también efectos negativos porque generan conductas inmaduras en los hijos, escaso autocontrol, falta de independencia e incapacidad para la toma de decisiones y la asunción de responsabilidades, lo que a la larga origina indefensión, frustración y consecuentemente agresividad (Olweus, 1993).

Otro factor que puede influir en la adquisición de conductas agresivas es la observación y exposición reiterada a la violencia en los entornos más cercanos del menor. Ser testigo de estas conductas produce un fuerte impacto emocional en el menor. También puede desarrollar un procesamiento disfuncional en su asimilación, donde el niño puede interiorizar e incluso justificar estas conductas agresivas, lo que en el futuro puede dar lugar a su imitación y reproducción, teniendo en cuenta las teorías del aprendizaje vicario o social (Bandura, 1986). Los menores pueden llegar a aceptar la violencia considerándola como "normal". Si esto ocurre, el menor suele ser más violento y además puede aprender a utilizar sus comportamientos agresivos como un medio apropiado para obtener lo que desea, o como una solución ante los problemas que puedan plantearse con sus semejantes (Orue y Calvete, 2012).

3. ÁMBITOS MÁS INFLUYENTES EN EL DESARROLLO DE CONDUCTAS ANTISOCIALES

Los niños están expuestos a la violencia, de forma directa o indirecta, en diferentes contextos fundamentales: familiar, escolar, medios de comunicación y entornos ambientales cercanos.

La familia, entendiéndola como un sistema, dispone de una estructura que atiende a la interacción interna de sus integrantes, pero también a la interacción externa con el medio que le rodea. Es una red de comunicación entrelazada donde todos los miembros se influyen entre sí (Fernández y Ponce de León, 2011). Todo intento de actuar sobre cualquier tipo de violencia infantil ha de tener en cuenta el contexto familiar y su funcionamiento porque existe una clara relación entre los hábitos de crianza y la aparición de conductas agresivas en los hijos (Del Barrio et al. 2009).

Los medios de comunicación, a veces, representan también uno de los principales agentes de socialización en nuestra sociedad actual. Su influencia es preocupante debido a la agresividad y violencia que transmiten sus contenidos y a la repercusión que tienen en el desarrollo de la personalidad de los niños y jóvenes, a través de los modelos de comportamiento que en ellos se muestran (Mesa, 2002).

La televisión y otros medios actuales de comunicación (Internet), que a veces suple los tiempos de soledad que vive el menor y adolescente, tienen dos efectos contradictorios; por un lado el positivo, porque refuerzan habilidades de estudio, permiten un aprendizaje educativo y amplían la información disponible en áreas muy diversas; y por otro el negativo, porque reducen el tiempo dedicado a los juegos creativos, la cantidad de información facilitada no permite procesar adecuadamente toda la información que observan, y también pueden llegar a adoptar modelos de comportamientos peligrosos y violentos.

Los medios de comunicación no discriminan la información, sino que se manifiestan sin respetar edades ni sensibilidades, enfrentan a los niños a manifestaciones adultas de diversa índole: sexual, económica, de muerte, de violencia y de enfermedad. Su influencia es poderosa en el desarrollo de un sistema de valores y en la formación del comportamiento (Mesa, 2002).

Los niños españoles dedican dos horas y treinta y ocho minutos al día delante de la televisión (Barlovento Comunicación, 2004-2007); y el 31 % la ven siempre solos y un 43 % de niños, entre 7 y 16 años, reconocen que sus padres les permiten ver programas no adecuados a su edad. Por otro lado, los progenitores, en un 43 %, aseguran no poner límites de tiempo a sus hijos para ver la televisión (Gabinete de estudios de Comunicación, 2002). La exposición de la violencia en los medios de comunicación tiene efectos negativos en los menores y adolescentes, los cuales están sometidos a un continuo impacto negativo de riesgo y tensión que puede incidir en su desarrollo. Sus efectos suelen ser perjudiciales porque los niños pueden (Mesa, 2002):

- Volverse inmunes al horror de la violencia.
- Aceptar gradualmente la violencia como modelo de resolver los problemas.
- Imitar la violencia que observan.
- Identificarse con ciertos caracteres, ya sean víctimas o agresores.

Las personas que observan escenas violentas en los medios de comunicación, actuarán de forma más agresiva ante su realidad, imitando así los modelos observados. La adquisición de comportamientos agresivos se pueden aprender a partir de la observación y la imitación de modelos de referencia (Bandura, 1986).

Las repercusiones de estos modelos de comportamiento, en los menores y adolescentes, contribuyen a desencadenar actos violentos también en el seno de la escuela. Las manifestaciones agresivas más frecuentes en la escuela parecen ser el rechazo verbal y la exclusión social entre iguales, frente a las agresiones físicas. Este tipo de agresiones se producen, con mayor frecuencia, durante el tiempo del recreo en las que hay poca presencia de adultos que puedan intervenir en estas situaciones.

Según Díaz-Aguado (2006) el perfil general de las víctimas es el de una persona fuertemente aislada, sin amigos y bastante impopular. La victimización puede hacer que

aumente más su impopularidad y aislamiento. Por otro lado, las características generales de los agresores o adolescentes que acosan a sus compañeros según esta autora, suelen ser: la necesidad de protagonismo, baja autoestima, sentirse rechazados por los compañeros de clase, razonar situaciones conflictivas de forma absolutista e individualista, manifestar hostilidad hacia figuras de autoridad, justificar y utilizar la violencia, no se identifican con el sistema escolar, llevarse mal con sus profesores, tener dificultades para concentrarse y el abandono prematuro de la escuela. Son percibidos por sus compañeros como intolerantes, arrogantes y fracasados. El sentirse excluido de grupos de iguales puede incrementar el riesgo de refugiarse junto con otros individuos, también excluidos, estableciendo guetos violentos.

En el año 2012, Orue y Calvete realizaron un estudio para evaluar el papel mediador de la justificación de la violencia en la relación entre exposición a la misma y conducta agresiva en los contextos: hogar, colegio, vecindario y televisión. Diferenciaron dos tipos de conductas agresivas dependiendo de la motivación del agresor: proactiva (acción deliberada con intención de conseguir algo) y reactiva (reacción furiosa frente a una amenaza percibida). Los resultados del estudio mostraron que ser testigo de la violencia en casa y observar violencia en la televisión, predice tanto la conducta agresiva proactiva como la reactiva, relación que está mediada por la justificación de la violencia. Los niños expuestos a violencia serán más agresivos en el futuro. Sin embargo ser testigo de la violencia en el colegio y en el vecindario no predice ninguna conducta agresiva. La victimización, independientemente del contexto en el que se dé, predice la conducta agresiva proactiva y reactiva. A continuación se representan los resultados de este estudio en la Figura 1.

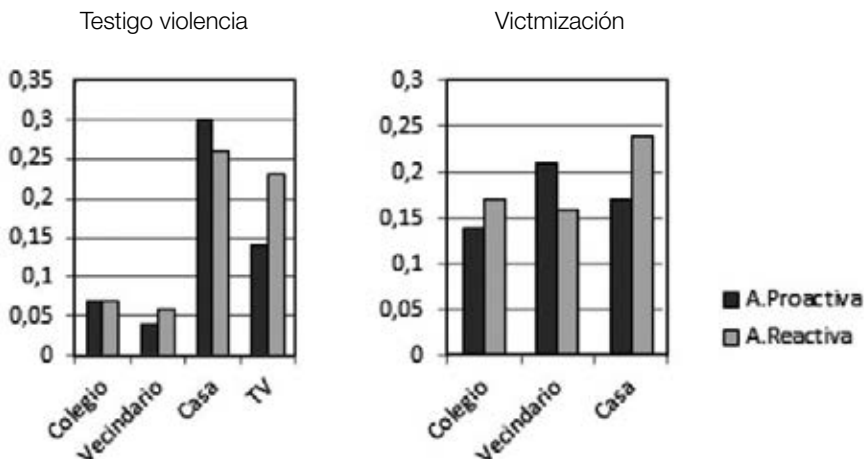


Figura 1. Relaciones entre exposición a la violencia y agresividad en diferentes contextos.

Fuente: Basado en Orue, I., y Calvete, E. (2012). La justificación de la violencia como mediador de la relación entre la exposición a la violencia y la conducta agresiva en la infancia. *Psicothema*, 24, 42-47.

En otro estudio realizado por el Centro de Investigaciones Sociológicas (2008), denominado *Sondeo sobre la Juventud en España (Tercera Oleada)*, se analizó la opinión sobre el grado de violencia en nuestra sociedad y concretamente en la juventud. En el informe, se abordaron distintas áreas de investigación: el grado en el que se perciben comportamientos violentos en los distintos ámbitos estudiados (entorno familiar, laboral, escolar, en los espacios de ocio y en los entornos más cercanos); factores que influyen sobre la violencia juvenil (consumo de alcohol/drogas, malos tratos físicos, carácter, nivel cultural, entorno, situación económica y medios de comunicación); razones por las que se puede justificar la violencia; su vinculación con los malos tratos recibidos (físicos, sexuales o psicológicos) y la descripción de la participación activa en diversos actos violentos. Del análisis de los resultados obtenidos en este estudio se extraen las siguientes conclusiones principales: 1). Se confirma que la violencia está muy extendida en nuestra sociedad (58,2 %) y entre la juventud (46,8 %); 2). Un alto porcentaje de jóvenes manifiestan haber sufrido alguna vez agresiones físicas por compañeros en la escuela o en su lugar de trabajo (17,8 %), siendo por gente desconocida (14,7 %) y por amigos (10,4 %). (Ver Figura 2).

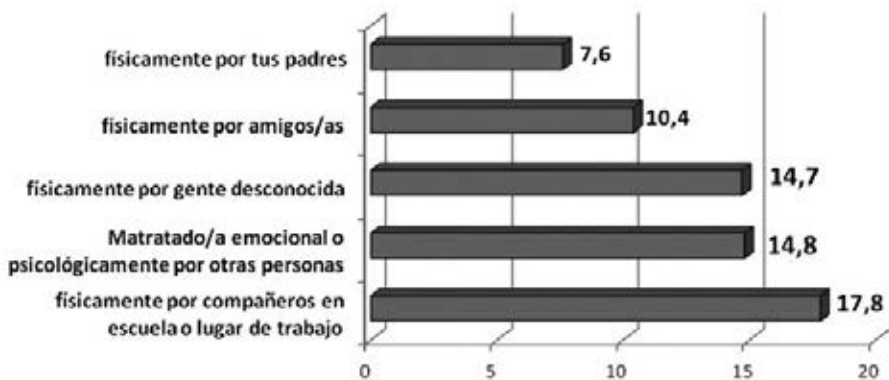


Figura 2. Resultados para los jóvenes que han sido víctimas de algún tipo de violencia, agresión o maltrato.

Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). (2008). *Sondeo sobre la Juventud en España (Tercera Oleada)*, Estudio 2774. Madrid: Publicaciones del Centro de Investigaciones Sociológicas.

Según este estudio, los entornos en los que más se perciben los comportamientos agresivos/violentos son los relacionados con el ocio y los más cercanos a los jóvenes (barrio, calle, pueblo, escuela); sin embargo sobre la percepción de la violencia en el entorno familiar, los resultados muestran un bajo índice (3 %). En cuanto a las razones por las que se justificaría recurrir al uso de la violencia, el 64,1 % manifiesta que no recurriría a ella bajo ningún concepto, frente a un 20 % que sí lo harían en “defensa propia”.

Este estudio también nos ofrece las claves para entender los factores que pueden influir en el comportamiento violento de la juventud, entre ellos se destacan: el consumo de alcohol y/o drogas, el entorno en el que viven, el carácter de la persona y haber sufrido previamente malos tratos. Por último, señalar que las situaciones violentas en las que suelen estar involucrados los jóvenes están relacionadas principalmente con: enfrentamientos violentos con amigos/as o compañeros/as de estudios o trabajo (18,9 %), enfrentamientos violentos entre pandillas, bandas juveniles, rivales deportivos (14,2 %) y con destrozos del mobiliario urbano (papeletras, farolas, bancos, etc.) u otros objetos, como rayar coches, etc. (12,1 %).

Es evidente que la violencia está instalada en numerosos ámbitos de la vida cotidiana, y que la familia ocupa una función determinante en la prevención de las conductas agresivas en los menores y jóvenes, desde la elección del estilo de crianza, la utilización de una comunicación fluida y afectiva, la formación de una convivencia familiar pacífica y segura, la ausencia de maltrato o incluso el control de la exposición hacia las nuevas formas de comunicación, como Internet.

4. CONCLUSIONES

Analizando los resultados de los estudios comentados previamente, se puede concluir que la familia, preferentemente los padres, poseen un protagonismo especial en la prevención de conductas desadaptadas, siendo los encargados de educar hacia el aprendizaje de comportamientos socialmente adecuados y de establecer óptimas formas de comunicación que permitan dar una respuesta emocional satisfactoria a los hijos (Yuste y Pérez, 2008). Es importante comentar la trascendencia que tiene mantener una relación afectiva entre padres-hijos para evitar conductas agresivas en el futuro, para responder a las señales emocionales de los hijos y para lograr una sintonía emocional que impida el desarrollo de conductas problemáticas en los niños.

La capacidad de responder empáticamente a las emociones de los otros tiene una clara relación con el afecto de las figuras del apego, la familia. La transmisión de valores y normas de padres a hijos debe realizarse a través de una relación afectiva, cercana y de comunicación sintonizada. La familia es el agente principal y fundamental de influencia en el sujeto para aprender y desarrollar futuras actitudes violentas.

En las manifestaciones violentas y/o agresivas de los hijos, así como el desarrollo de estas, influye el clima familiar en el que se encuentren. Conflictos o malos tratos, grado de agresividad, intensidad, frecuencia, duración y resolución final son observados y percibidos por los hijos que, a largo plazo, puede impactar en su desarrollo y en la forma de afrontar las situaciones o problemas, aceptando e interiorizando la violencia como la única manera de resolverlos. Los niños que han sido expuestos a la violencia son más agresivos en el futuro.

Estudios previos, como los de Orue y Calvete (2012), sugieren que los desajustes originados en el entorno familiar tienen un impacto decisivo para la aparición de conductas agresivas en los niños, probablemente porque la familia es el contexto donde el niño debería sentirse más seguro para tener un desarrollo adecuado y alejarse de conductas inadaptadas (Davies y Cummings, 1994). Por otro lado, hay que considerar que en la actualidad se ha producido una serie de cambios que han generado dificultades a los padres para ejercer su labor educativa, ya que el tiempo dedicado a la interacción filial se ha acortado debido a la incorporación laboral de ambos cónyuges. Sin embargo, la mejora de los hábitos y estilos de crianza es, sin duda, una de las claves en el proceso de prevención de la agresividad (Del Barrio, Carrasco, Rodríguez y Gordillo, 2009).

En cuanto a las manifestaciones conductuales desajustadas en los niños, estas pueden ser desde desobediencias iniciales hasta comportamientos extremadamente agresivos. Los factores de riesgo leve pueden ir creciendo en frecuencia, en forma y funciones e ir extendiéndose a diferentes contextos (Hernández, Gómez, Martín y González, 2008). Es necesario detectar los comportamientos problemáticos y las condiciones motivacionales y contextuales en los que se generan y desarrollan (casa, escuela, vecindario) porque los niños que están expuestos a la violencia en un contexto tienden a estarlo también en otro lugar (Orue y Calvete, 2012).

Por otro lado, continúa constatándose que ser testigo de violencia en casa y en los medios de comunicación, aumenta la conducta agresiva en los niños, tanto la agresión reactiva como la proactiva. Los medios de comunicación influyen en niños y jóvenes en su forma de atender y captar la realidad, en la percepción de valores y normas sociales.

La violencia no se da tan solo en la calle o en la familia, también se reproduce en el ámbito escolar, entre iguales. Burlas, insultos, amenazas, agresiones físicas, aislamiento sistemático e intimidaciones que originan problemas y se prolongan durante cierto tiempo por ignorancia o pasividad de las personas cercanas a la víctima sin intervenir directamente (Díaz-Aguado, 2006). Según los resultados del estudio del CIS 2008, la violencia está muy extendida entre la juventud. Teniendo en cuenta estos datos, y considerando los resultados de investigación realizados al respecto, es preocupante que este tipo de agresiones suelen ser silenciadas y no denunciadas al profesorado entre otras razones, por ser el mismo contexto en el que se desarrollan, que son motivos que llevan a la conclusión que en la escuela, aunque intente ayudar e intervenir en estos actos, el desconocimiento de ellos como un no saber impedirlo, conlleva a que el conflicto quede sin resolver y se reproduzca continuamente.

La importancia de la familia como agente principal en el desarrollo de conductas problemáticas o antisociales en los menores, justifica la elaboración de más investigaciones que permitan dar continuidad a la investigación realizada hasta el momento sobre la violencia, ampliando a su vez su estudio hacia otros ámbitos emergentes, que han

sido poco evaluados, como son Internet y los teléfonos móviles. Su uso y repercusión en la juventud es elevado, pero se desconoce el grado de alcance, efecto e influencia en el desarrollo o reproducción de conductas disruptivas, antisociales, violentas y agresivas en menores y adolescentes. Con esta finalidad deberían realizarse investigaciones transversales y longitudinales. Las primeras para analizar su efecto inmediato, y las segundas para entender el por qué las manifestaciones violentas se siguen manteniendo con el transcurso de los años.

Los menores y adolescentes tienen mayores posibilidades de modificar determinados comportamientos, porque tienen a su alcance mucha más información, con la que escoger y decidir sobre sus propias conductas; pero deberán elaborar por sí mismos un sistema apropiado de comportamiento no agresivo, que les aleje del sistema aprendido por los adultos, en el caso de que este hubiera sido violento.

5. BIBLIOGRAFÍA

- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Barlovento Comunicación, Universidad CEU San Pablo e Instituto Oficial de Radio Televisión Española. (2004-2007). *La Televisión infantil en España. Criterios de contenidos de la programación y pautas de conducta*. Madrid: Ministerio de Ciencia y Tecnología.
- Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). (2008). *Sondeo sobre la Juventud en España (Tercera Oleada), Estudio 2774*. Madrid: Publicaciones del Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Davies, P.T., y Cummings, E. (1994). Marital conflict and child adjustment: An emotional security hypothesis. *Psychological Bulletin*, 116, 387-411.
- Del Barrio, V., Carrasco, M.A., Rodríguez, M.A. y Gordillo, R. (2009). Prevención de la agresión en la infancia y adolescencia. *International Journal of Psychological Therapy*, 9, 101-107.
- Díaz-Aguado, M. (2004). *Prevención de la violencia y lucha contra la exclusión desde la adolescencia*. Madrid: Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Díaz-Aguado, M. (2006). *El acoso escolar y la prevención de la violencia desde la familia*. Madrid: Consejería de Familia y Asuntos Sociales CM.
- Fernández, T., y Ponce de León, L. (2011). *Trabajo Social con familias*. Madrid: Ediciones Académicas.
- Gabinete de Estudios de Comunicación. (2002). *Anuario de la Televisión 2000-2001*. Madrid: GECA.
- Gutiérrez, A., y Pernil, P. (2004). *Historia de la infancia: Itinerarios educativos*. Madrid: UNED.

- Hernández, M., Gómez, I., Martín, M. J., y González, C. (2008). Prevención de la violencia infantil-juvenil: estilos educativos de las familias como factores de protección. *International Journal of Psychology and Psychological*, 8, 73-84.
- Mesa, R. (2002). Medios de comunicación, violencia y escuela. *Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 44, 209-222.
- Olweus, D. (1993). *Bullying oat school: What we know and what we can do*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Orue, I., y Calvete, E. (2012). La justificación de la violencia como mediador de la relación entre la exposición a la violencia y la conducta agresiva en la infancia. *Psicothema*, 24, 42-47.
- Yuste, N., y Pérez, M.C. (2008). Las cuestiones familiares como causa de la violencia escolar según los padres. *European Journal of Education and Psychology*, 1, 19-27.